



Paz y Bien



XXVIII Domingo durante el año.  
15-X-2006

Textos:

Sab.: 7.7-11.

Heb.: 4,12-13.

Mc.: 10,17-30.

“Vende lo que tienes (...). Después, ven y sígueme” (V. 11).

Hermanos, la Palabra de Dios a la que nos acercamos cada domingo -lo deberíamos hacer diariamente-, no es un analgésico que adormece y pacífica las conciencias, sino que es cortante, desafía e inquieta la cómoda seguridad de nuestras conciencias.

Es esta Palabra la que nos conduce a la “Sabiduría” de la que nos habla la primera lectura.

Jesús nos invita a seguirlo, a emprender un camino de libertad y plenitud por el que se realiza auténticamente nuestra vida.

Él no nos engaña, no intenta “vendernos un buzón” (perdonen por la antigüedad) como nos tienen acostumbrados cierta dirigencia. Quien acepta su invitación, deberá asumir las consecuencias de este seguimiento, que supone dejar de lado todo lo que se anteponga a Cristo: el afán de falsas seguridades y los deseos de una vida cómoda y estandarizada.

El hacer de nuestra vida un camino de seguimiento de Cristo, supone hacer de nuestra existencia una donación, una entrega al servicio de los demás.

Cuando leía la palabra de Dios para preparar esta meditación, pensaba que relación tenía este evangelio con el día de la Madre que hoy celebramos como cada 3er. domingo de Octubre, y creo que tiene mucho, ya que la maternidad no es un simple proceso orgánico, sico-físico, sino una vocación, un camino, un llamado a seguir a Dios en la colaboración de su obra creadora, la maternidad hace de la mujer, una co-creadora en la gestación, junto al hombre, de cada nuevo ser humano.

“El mismo Dios manifiesta de la forma más elevada posible este llamado y la dignidad de la mujer asumiendo Él mismo la carne humana de María Virgen, que la Iglesia honra como Madre de Dios” (Famili. Cons. 22).

Hoy se habla y trabaja en pos de una maternidad “segura”, y esto es bueno, muy bueno, pero la maternidad siempre supondrá un riesgo, en ella se arriesga la vida a favor de dar vida, es el riesgo más sublime que sólo la mujer puede correr, de este riesgo depende nuestra especie, “es precisamente por su carácter altruista y generoso que el amor materno ha sido considerado la forma más elevada de amor, y el más sagrado de todos los vínculos emocionales” (E. Fromm, “El Arte de Amar”).

Hermanos, cuando una mujer queda embarazada, de alguna manera, “vende lo que tiene...” y arriesga lo más preciado, su vida, para responder al llamado que Dios le hace a colaborar con Él para dar al mundo una nueva persona.

Querría subrayar cuatro elementos que configura a la que es responsable de la vida desde su inicio, desde la concepción, en definitiva la mujer es la primera en darse cuenta que es madre. Estos elementos relacionados con la nueva vida son: cuidado, responsabilidad, respeto y conocimiento.

- Cuidado: que el amor implica cuidado es especialmente evidente en el amor de una madre por su hijo, ya que el amor es la preocupación activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos.

- Responsabilidad: otro aspecto de amor es la responsabilidad, que constituye, en este caso, la respuesta de la madre a las necesidades, expresadas o no, de la nueva vida, es decir de su hijo.
- Respeto: de acuerdo con la raíz de la palabra (respicere = mirar), denota la capacidad de ver a una persona tal cual es, tener conciencia de su individualidad única. Respetar, en definitiva, significa preocuparse porque la otra persona crezca y se desarrolle tal como es; es querer que la persona amada, el hijo concebido, crezca y se desarrolle por sí mismo, en la forma que le es propia, y no para servirse de ella.
- Conocimiento: hoy el conocimiento sobre la nueva vida se ve favorecido por la tecnología pero éste sería vacío si no lo motivara el amor hacia el hijo, pues madre se es desde el momento de la concepción. (Conf. E. Fromus. op. cit.).

Hermanos, estos elementos definen al amor materno, sin ellos este amor se corrompe y quizás, es esta la peor de las concepciones pues sigue en vigencia aquello de que “la mano que mueve la cuna, mueve al mundo”.

La maternidad es un llamado de Jesús a las mujeres, que supone renunciar si es necesario a su propia vida, pues si bien ella “puede ser fruto de gozo, también puede llegar a ser de sufrimiento y, a veces, de grandes desilusiones. En este caso, el amor se convierte en una prueba, a menudo heroica” (Juan Pablo II, 24-IV-1994).

Hermanos, en el día de la madre e iluminados por el evangelio que nos recuerda las exigencias que supone seguir a Jesús, deseo recordar a santa Gianna Beretta Mola, “quien en septiembre de 1961, al cumplirse el segundo mes de embarazo, le diagnosticaron un tumor de útero. Se hacía necesaria una intervención quirúrgica. Antes de la operación, suplicó al cirujano que salvara a toda costa, la vida que llevaba en su seno, y se encomendó a la oración y a la Providencia. Se salvó la vida de la criatura. Ella dio gracias al Señor, había pasado los siete meses antes del parto con incomparable fuerza de ánimo y con plena dedicación a sus deberes de madre y médica”. Antes del parto repetía una y otra vez: “Si hay que decidir entre mi vida y la del niño, no dudéis, elegid -lo exijo- la suya. Salvadlo” (L’ Oss. Rom. nº 20, 14-V-2004).

“La mañana del 21 de abril de 1962 dio a luz a su hija Gianna Emanuela. El día 28 de abril, también por la mañana, entre indecibles dolores y repitiendo la jaculatoria «Jesús, te amo, Jesús, te amo», murió santamente. Tenía 39 años” (id).

Así siguió esta santa madre a Jesús, haciendo de su vida una “Meditada inmolación” (Pablo VI).

Hermanos, la vocación a la maternidad es grande, porque es grande su exigencia, es un llamado que lleva a la plenitud del amor, pues “no hay amor más grande que dar la vida por el otro”.

Encomendemos a las madres a la Madre común, la Virgen María, para que las fortalezca y guíe en su fundamental vocación a la maternidad, que asista a los padres en la educación de sus hijas para una fecunda y santa maternidad, que lleve a las madres que se han dormido en el Señor a la felicidad y paz del cielo y que a todos nos dé la gracia de la fidelidad a la Iglesia nuestra madre para poder pronunciar, en el ocaso de nuestras vidas, las mismas palabras de Santa Teresa de Jesús: “Doy gracias a Dios porque muero hijo de la Iglesia”.

Terminemos nuestra meditación con las bellas e iluminadas palabras del Concilio Vaticano II en su “mensaje a las mujeres”:

“Vosotras, las mujeres, tenéis siempre como misión la guardia del hogar, el amor a las fuentes de la vida, el sentido de la cuna. Estáis presentes en el misterio de la vida que comienza. Consoláis en la partida de la muerte. Nuestra técnica lleva el

riesgo de convertirse en inhumana. Reconciliad a los hombres con la vida. Y, sobre todo, velad, os lo suplicamos, por el porvenir de nuestra especie. Detened la mano del hombre que en un momento de locura intente destruir la civilización humana. Esposas, madres de familia, primeras educadoras del género humano en el secreto de los hogares. (...). Acordaos siempre que una madre pertenece, por sus hijos, a ese porvenir que ellas no verán probablemente” (8-XII-1965).

Que el buen Dios bendiga a las Madres de nuestra Patria!!!

Amén.

G. in D.